

*LA CONFERENCIA DEL DESARME, UN GRAN DIALOGO  
ENTRE SORDOS*

Apenas el presidente de los Estados Unidos había hecho un hincapié especial en la significación que tendría un nuevo esfuerzo por llegar a un acuerdo sobre la necesidad de contener la expansión en potencia del número de miembros del "Club Atómico", al calificar esto como "la más grave de todas las cuestiones humanas sin resolver", cuando los delegados soviéticos en la Conferencia del Desarme de Ginebra empezaron a hablar públicamente de una "broma". Aún no se sabía siquiera lo que había en aquel borrador de tratado norteamericano cuya importancia quiso recalcar y acentuar Mr. Johnson al advertir que "el destino de generaciones todavía por nacer está en nuestras manos". Pero ya los delegados soviéticos tenían tomadas posiciones y había muy pocas probabilidades, ciertamente, de que se les pudiese convencer para que se moviesen un poco, por poco que fuese, en una dirección o la otra. Más que la incapacidad, como se ha querido insinuar, de los estadistas responsables del mundo por comprender primero y por hacer frente después a lo que se insistía en presentar como la más crítica de las grandes y graves cuestiones de nuestro tiempo, lo que estaba realmente en juego eran cuestiones de poder, de prestigio y, seguramente también, de intereses.

Porque sólo si se hablase de un diálogo entre sordos se podría comprender la situación a que se había llegado. Un diálogo entre sordos que llevaba, de una manera u otra, muchos años de duración. Que se venía sosteniendo de una manera poco menos que ininterrumpida desde la terminación casi de la segunda guerra mundial. Aunque la cuestión está planteada, sin embargo, desde mucho tiempo antes y ha sido también objeto de largas—e infructuosas—negociaciones. Todo el mundo se acuerda, por ejemplo, de la atención que el tema recibió de la antigua Sociedad de Naciones—con la ayuda, brillante, aunque no eficaz, no podía serlo, de la representación española—y de las muy importantes conferencias y negociaciones que incluso

culminaron en la firma solemne de un tratado que se llegó a considerar como un memorable acontecimiento histórico, si bien no tardó en descubrirse que no había alterado para nada, aunque en algún modo pudo haber encubierto, las actividades de algunas potencias para entrar en posesión precisamente de las armas que habían sido prohibidas o reguladas por aquel tratado.

Y en cuanto a la solemnidad de las advertencias, la gravedad del peligro o la significación misma de una situación fabulosamente ventajosa, lo suficiente para tomar posiciones decisivas, ¿queda algo, en realidad, que no se haya dicho antes de llegar a este momento, que el presidente Johnson describió como “la hora que es tarde ya”, como si con ello se tratase únicamente de imprimir una sensación de prisa, de urgencia, para acelerar un proceso de negociación que parece llevar dentro de sí sólo dos posibilidades: el fracaso o la prolongación indefinida de las negociaciones?

Si bien se ve, esto último es lo más probable y lo más lógico también. En fin de cuentas, ¿quién podría hablar de la falta de lógica de un diálogo entre sordos?

Sólo en situaciones sometidas a la influencia de fuerzas y factores de tal modo dominantes que no permiten ver la significación de lo que para otros es de una claridad impresionante a la vez que inconfundible, es posible comprender cómo los rusos han podido resistir, por ejemplo, la “invitación” de los Estados Unidos a negociar, firmar y aceptar un acuerdo para la limitación y el control de los armamentos—y los explosivos—atómicos hecha en los momentos en que los Estados Unidos tenían en su poder los medios absolutos y decisivos para imponer su voluntad. Y de la naturaleza de esa voluntad no se podría dudar, como tampoco del enorme, decisivo, interés que los Estados Unidos habían puesto en la cuestión, ya que, a pesar de negativas, desaires y contrariedades, los Estados Unidos no han dejado de persistir en el empeño.

Los Estados Unidos habían pasado—y dejado pasar—por una situación parecida a la que llevó al kaiser Guillermo II de Alemania a escribir, dirigiéndose al primer lord del Almirantazgo inglés, en 1908:

“Fué en Inglaterra donde se construyó el primer *Dreadnought*, con el mayor secreto, y a su terminación, el almirante Fisher (entonces primer lord del Almirantazgo) y la Prensa anunciaron al momento que era capaz de hundir a toda la marina alemana. Estas declaraciones forzaron al Gobierno alemán a empezar a construir barcos del mismo tipo, para la satisfacción de

la opinión pública de Alemania.” (Cita de G. Lowes Dickinson, en *The International Anarchy*.)

Lo que en aquellos momentos pudo haberse remediado de una vez para siempre, en cualquier caso desde el punto de vista de quienes tenían el convencimiento de que la Gran Bretaña había alcanzado la posición de una superioridad absoluta, algo parecido a lo que, con mucha mayor amplitud, se repitió en los Estados Unidos cuarenta años después, siguió adelante para desembocar en una nueva guerra y, después de ella, en nuevas, más sistemáticas y más decididas conversaciones de desarme.

Para acabar, hasta ahora, en una situación como esa a que se había llegado después de la presentación del borrador de tratado contra la proliferación de las armas nucleares presentado por los Estados Unidos a la consideración de la Comisión de Desarme de las Dieciocho Naciones, como dice el nombre oficial, al que a menudo se alude como la E. N. D. C., por las iniciales en inglés, aunque está formada en realidad por diecisiete naciones, en vista de la negativa de Francia, desde el primer momento, a tener participación alguna en sus tareas. Una situación que movió a un gran diario de Nueva York a decir: “Como muchos compromisos, el tratado parece dejar a todo el mundo descontento: a los partidarios del desarme dentro de la Administración (norteamericana); a los ingleses, a quienes no les agrada ni siquiera la posibilidad hipotética de mezclar su lote nuclear con Europa; a los alemanes occidentales, que no quieren depender de la aquiescencia británica para la formación de una fuerza europea, y a los rusos, que no quieren tratado alguno que permita a la O. T. A. N. contar con la defensa nuclear colectiva.”

\* \* \*

Si no se tratase de algo tan importante—posiblemente tan decisivo, incluso viviendo como estamos en la era atómica, que basta de por sí para dar a todo este tema la dimensión de algo radicalmente nuevo y, por ello, de incalculables posibilidades—sería para tomarlo a broma, como hicieron con los rusos con ese proyecto de tratado presentado por los Estados Unidos. Pero nos encontramos ante lo nuevo, ante el hecho alucinante que movió a sir John Cockcroft a decir, hace ya bastantes años, que como “las consecuencias militares de la fisión y la fusión han conducido a una revolución en el pensamiento y la práctica militares a la que aún le queda un buen camino que andar”, el género humano se encuentra ante la mayor de las decisiones a que

ha podido tener que hacer frente: *“la cooperación en el desarme para así desvanecer la amenaza que ahora se cierne sobre todo el mundo”*.

Por si no había bastante con la amenaza que entonces existía, cuando sólo se podía hablar de dos potencias nucleares—Inglaterra apenas había conseguido que fuese admitida la solicitud de ingreso en el “Club Atómico”, hecha con el acompañamiento inevitable de unas cuantas explosiones de carácter experimental, ahora nos encontramos con la situación que describió lord Chalfont, el primer ministro de Desarme en la historia de la Gran Bretaña, al hablar ante la Asociación de la Prensa Extranjera de Londres, el 13 del pasado julio, de la tendencia a la propagación de las armas nucleares. De no hacerse nada por contenerla, dijo, en los próximos diez a quince años pudiera haber no cinco potencias nucleares, sino dos veces más.

Mucho dependerá de las circunstancias, sin duda, pues no faltan indicios que hagan pensar, por lo menos, en que cosas como la creciente presión de las pruebas atómicas chinas sobre otros países, según la expresión de Clare Timberlake, miembro de la delegación norteamericana en esa conferencia de Ginebra, se convirtiesen en el estímulo irresistible que haga subir con rapidez el número de las potencias en condiciones de disponer de armamento nuclear.

La tremenda rivalidad entre las dos superpotencias nucleares, que no ha dejado de crecer y acentuar su inmenso poder a lo largo de la postguerra, ha adquirido unas características nuevas, sorprendentes y amenazadoras a partir del momento en que la China se ha convertido—empezado a convertirse más bien—en la quinta potencia atómica del mundo. Esto ha dado una dimensión nueva a lo que todavía no se había podido medir bien en todos los sentidos y direcciones, por causa fundamentalmente de tanto factor nuevo como se venía agregando, desde hacía unos pocos años, a una ecuación cuyos elementos viejos estaban todavía en evidencia, sin duda, pero ya desbordados o medio sumergidos por todos esos descubrimientos y avances científicos y tecnológicos que se habían venido encima, con fuerza y, además, con precipitación. Ver a China, la China de Mao Tse-tung, el hombre a quien ya se presenta con un carácter, que se puede definir como oficial, como el jefe indisputado e indiscutido de la revolución mundial, una revolución que se quiere impulsar vigorosamente por medio del desarrollo a escala mundial de la acción guerrillera que alcanzó, al cabo de los años—de veinticinco a treinta años, de toda una generación—un triunfo completo en el inmenso país asiático, acaso sirva como una especie de confirmación de las peores inquietudes, de los temores más inquietantes.

Hasta ahora se podía hacer burla o no prestar atención siquiera a tanta agresividad propagandística, pero ¿cómo no tomar en serio a una potencia que además de tener la cuarta parte de la población del mundo, de conservar intacto—incrementado tal vez—su fervor revolucionario, está en vías muy avanzadas de convertirse en una potencia atómica? ¿Y cómo no sentir, al mismo tiempo, la sensación de que algo grave pudiera anticipar ese aparente desprecio hacia todo lo que no se acomoda a su manera de pensar y actuar? Un día produjo cierta sensación lo que se presentó como la actitud desdeñosa de Pekín ante la posibilidad de que en una guerra, que seguía teniendo por allí como inevitable, según la conocida definición marxista de ciertos rasgos básicos de la sociedad capitalista, pudiese perder la mitad de su población. Porque, en el peor de los casos, siempre a China le quedarían cientos de millones de habitantes con los que empezar de nuevo y ya con la ventaja de no tener a su derredor más que las ruinas de un enemigo que había sido vencido y aniquilado.

\* \* \*

Ahora, en una versión nueva de una alucinante perspectiva, el mariscal Lin Piao, ministro de Defensa Nacional, viceprimer ministro y vicepresidente del Partido Comunista chino, por lo tanto una de las figuras centrales del régimen de Pekín, habla no sólo del pueblo que en “otras partes del mundo verá aún con mayor claridad que el imperialismo de los Estados Unidos puede ser derrotado y que lo que el pueblo vietnamita puede hacer, también él puede hacerlo”. Es que aparte el ejemplo que den los pueblos y las gentes de otras partes y regiones del mundo, algunas de las cuales pueden encontrarse sin salir de Asia y otras aparecerán esparcidas por distintos continentes, está también—se cree que está—el efecto de una propaganda que adopta una actitud despreciativa hacia esas potencias que hablan de las armas atómicas en actitud amenazadora y que si no hablan, piensan, sin duda, y en todo momento, en ellas; potencias como los Estados Unidos y, por supuesto, la Unión Soviética, cuyos dirigentes aparecen descritos como “los cómplices de los *gangsters* imperialistas.” Y por si en algún momento los Estados Unidos, que son el blanco directo de los golpes brutales de la propaganda china, se atreviesen, que no se atreverán, se ha dicho desde Pekín una y otra vez, a recurrir a las armas nucleares, ¿se podría esperar que eso produjese un impacto serio en ese “vasto océano” formado por los millones y millones de chinos?

Por si una argumentación así alcanzaba el punto que hiciese necesaria, inevitable, la confrontación con la realidad, China está en vías de convertirse en una potencia atómica, lo que pone nuevos triunfos en las manos de sus propagandistas. En los Estados Unidos se contempla con mucha preocupación, acaso con algo de horror ya, el desarrollo de los acontecimientos en un panorama que no tiene nada de tranquilizador. Sobre todo en vista de la actitud, tan fría, tan despreciativa o tan desconsiderada, que viene adoptando la Unión Soviética, en cosas como la guerra del Vietnam o de la conferencia del desarme. Y eso que ya no resulta nada imposible la especulación con la hipótesis de que antes de que China pudiese revolverse contra los Estados Unidos, en el caso de que esto llegase a ser posible algún día, el destino, la presión de su propio crecimiento demográfico y el calor de la argumentación revolucionaria, habrían de volverse contra su vecino a lo largo de miles y miles de kilómetros de frontera común: la Unión Soviética.

Pero los Estados Unidos no sólo se encuentran con una Unión Soviética que, en los momentos realmente críticos, se muestra incomprensiva, sino que se están dando situaciones como esa que movió a un diplomático norteamericano en Moscú a decir que “los rusos no quieren verse sorprendidos dándoles la mano en público”. Esta actitud fría, reservada, descrita con singular eficacia con esa expresión de que se ha hecho eco editorialmente *The New York Times*, explica no sólo algunas, por lo menos, de las dificultades con que se tropieza en la conferencia del desarme de Ginebra, donde parece ser totalmente imposible armonizar los encontrados—diametralmente opuestos—puntos de vista norteamericano y soviético, sino algunas de las consecuencias que está teniendo. No haría falta esto, sin duda, en un mundo como el actual, que tiene como una de sus realidades más incómodas—y más peligrosas—la guerra del Vietnam, en la que a veces se puede tener hasta la sospecha de que una de las mayores preocupaciones de Moscú pudiera ser el tener que participar de alguna manera en la acción, aunque sólo sea con el propósito de hacer demostración de que son falsas y malévolas las insinuaciones y hasta las acusaciones de Pekín, en el intento encaminado a presentar a la Unión Soviética como el aliado ya más bien que el cómplice del imperialismo norteamericano. Pero es una gran ayuda, por supuesto. Es una aportación tremenda a ese ambiente que está haciendo bajar de nuevo la temperatura, para dejarla a la altura, cuando más, en que se hallaba en los días de la guerra fría, que se creían pasados definitivamente.

El embajador de los Estados Unidos en Moscú ha dejado de asistir a los

actos públicos de alguna importancia por temor a no poder escuchar, sin darles la respuesta adecuada, las frecuentes y duras acusaciones soviéticas. Que no están motivadas por el estado, tan malo, de las relaciones—o de las *no* relaciones—entre los Estados Unidos y China, sino por la participación norteamericana en la guerra del Vietnam, en una guerra que podría ser una confrontación de los Estados Unidos con la Unión Soviética. Por causa del Vietnam, exclusivamente, se han ido enfriando unas relaciones que se querían hacer más amistosas, más frecuentes, más provechosas. Hacia ello tendrían, sin duda, negociaciones e intercambios, culturales mucho más que comerciales, aunque también por este lado asomaban posibilidades de alguna importancia, que encontraron un ambiente singularmente favorable en la negociación primero y la firma después del Tratado de Moscú para la prohibición parcial de las pruebas atómicas (de todas las pruebas, salvo las subterráneas, y esto, en apariencia, a causa de la resistencia soviética a la aceptación de un método de observación *in situ* y de inspección que los Estados Unidos consideraban absolutamente esencial).

\* \* \*

Se había hablado de aquello como de un *turning point* en las relaciones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. Esa impresión se había dado, por lo menos. Pero el punto de partida de una mejoría clara en las relaciones entre las dos superpotencias no está por ese lado. Después de todo, se ha dicho, seguramente con razón, que ese acuerdo de Moscú fué posible no tanto por la demostración, una vez más, de la probada capacidad y habilidad diplomática de Averell Harriman, consejero de presidentes, embajador en Moscú, gobernador del Estado de Nueva York y muchas cosas que han realizado, adornado y enaltecido la carrera de una de las grandes figuras de nuestro tiempo, como por los intercambios frecuentes—otro de los acontecimientos extraordinarios de nuestro tiempo—entre el presidente de los Estados Unidos, el asesinado John F. Kennedy, y el jefe del Gobierno y el Partido Comunista, posteriormente depuesto, Nikita S. Jruschev. Sin la continuación y la intensificación, sin duda, de un diálogo que alcanzó unas características singulares en los momentos culminantes de la confrontación soviético-americana sobre Cuba, sin la creación y el funcionamiento del llamativo “hilo rojo” entre la Casa Blanca (en realidad, el Pentágono) y el Kremlin, hubiera sido difícil, acaso imposible, aquel acuerdo de Moscú que hizo pensar, de

pronto, en que todo había cambiado—y “para bien”, llegó a decirse—en el mundo de las relaciones internacionales.

Pudo existir la duda, acaso el temor, de que se produjese un nuevo cambio—ya no “para bien”—con la desaparición de Mr. Kennedy y, más todavía, con la destitución, en forma tan desconsiderada, del señor Jruschev, pero si bien se pudo tener la impresión de que apenas se hacían con el “hilo rojo” otras cosas que mantener periódicamente unas comunicaciones “entre sargentos”, para intercambiar frases históricas o literarias, sin otra finalidad que demostrar que se encontraba en condiciones de utilización, por si llegaba el momento, también se empezó a hablar mucho de la “construcción de puentes” entre el Occidente y el Oriente. Es más, ya se había terminado la negociación de un tratado consular entre los Estados Unidos y la Unión Soviética—que después de haber sido rubricado y sometido a la consideración del Senado, para su ratificación, hubo de ser retirado, por temor a que no pudiese alcanzar los dos tercios indispensables, por causa de ese cambio grande y desfavorable, que al fin se produjo, para alterar las relaciones entre las dos potencias—y se preparaba incluso el establecimiento de comunicaciones aéreas directas entre Moscú y Nueva York, a la vez que se hablaba de la venta—circunstancia un tanto asombrosa—de fábricas enteras, una de ellas de caucho sintético, otras de productos químicos, a países de régimen comunista.

Pero como el ambiente en que se desarrollaban estas relaciones y se proyectaban otras más importantes y más cordiales todavía se enfrió mucho, a partir de la hora de la intensificación en gran escala de la participación norteamericana en el conflicto del Vietnam—cuyos verdaderos orígenes son muy anteriores a la decisión del entonces presidente Kennedy, en 1961, de aumentar mucho la ayuda al Vietnam del Sur, la militar no menos que la económica, y al propio armisticio de 1954, de donde arranca históricamente la sustitución norteamericana por la presencia francesa en esa parte del Sudeste asiático—, no sólo se fueron abandonando nuevos proyectos, sino que fueron interrumpidos o sufrieron serios contratiempos algunos que estaban ya en vías de desarrollo. Una exposición arquitectónica que estaba recorriendo varias ciudades importantes de la U. R. S. S., tuvo un serio tropiezo en Minsk, donde alguien quiso reconocer en un arquitecto norteamericano, de origen alemán, que actuaba de guía y agente de relaciones públicas, a un peligroso nazi de los días de la segunda guerra mundial que había estado buscando a “patriotas” por la Ucrania ocupada para entregarlos a los “verdugos”. Y la representación en Moscú—anunciada para principios de octubre—de una

comedia musical que había alcanzado un gran éxito en los Estados Unidos, *Hello Dolly!*, tendría que aplazarse con carácter indefinido, acaso para siempre.

Se llegó a hablar de una “situación anómala que se podía explicar, al menos en parte, sólo pensando en las tensiones que había engendrado, que seguía engendrando, la guerra del Vietnam. Claro que eso sería una razón más, y muy poderosa, para “hacer que fuese más importante que nunca el intento de mejorar las relaciones entre Moscú y Washington. El mayor peligro, después de todo, es—advertía *The New York Times*—que el conflicto del Sudeste de Asia pudiese extenderse y resultar en definitiva en una confrontación nuclear soviético-norteamericana”. Se llegó a hablar en la forma acaso más que increíble, inadmisiblemente, en que habló Alexei N. Kosygin, el nuevo primer ministro soviético, en conversación con lord Thomson de Fleet, el magnate de la Prensa británica, en el curso de un diálogo sostenido en Moscú: “Los Estados Unidos—dijo Kosygin—se comportan (en el Vietnam) como Hitler en la Ucrania. Fusilan y asesinan al pueblo y a usted (lord Thomson) le gustaría que la gente creyese a los norteamericanos.”

\* \* \*

Se podía pensar sin gran dificultad, desde luego, que si por culpa del Vietnam o de cualquier otro lugar o situación llegase a ser inevitable una confrontación nuclear, frente a los Estados Unidos, una de las potencias que fatalmente había de verse afectada sería la Unión Soviética, no China. Por ahora y durante mucho tiempo todavía.

Eso hacía un poco más significativa, delicada quizá y acaso un tanto sarcástica también, esa permanente y agria confrontación que, en el terreno propagandístico y algo más—una creciente actividad china por muchas partes orientada en el sentido de crear dificultades crecientes a los Estados Unidos lo confirma—sitúa a los Estados Unidos y a China frente a frente. Pero China puede seguir adelante, sin inmutarse, con amenazas atómicas o sin ellas, convencida como está de que, en el caso de que la confrontación llegase a ser nuclear, las primeras descargas norteamericanas habrían fatalmente de ir dirigidas contra la Unión Soviética antes que contra China. Después de todo, las dificultades reales más serias con que están tropezando los Estados Unidos en el Vietnam no son tanto la consecuencia de una intervención china mayor o menor, como la presencia, tan incómoda—acaso tan

comprometida—de las bases de proyectiles soviéticos tierra-aire por las proximidades de Hanoi y otros puntos del Vietnam del Norte.

Mientras Pekín habla, agita y se esfuerza por crear un ambiente de odio revolucionario contra los Estados Unidos, la Unión Soviética, que tiene por el Vietnam bastante que perder y nada que ganar, desde un punto de vista nacional y desde un punto de vista revolucionario—aunque la pasión revolucionaria de la Unión Soviética se ha enfriado considerablemente—ha fortalecido mucho, por lo menos, las posiciones defensivas del Vietnam del Norte. Lo que para los Estados Unidos es ya causa de verdadera preocupación.

Con unos antecedentes así y siendo, como son, los Estados Unidos y la Unión Soviética las potencias que ocupan posiciones dominantes—decisivas—en la Conferencia del Desarme, de Ginebra, ¿cómo se podría esperar que de ella salga nada más favorable o menos perturbador que la decisión de seguir adelante sin la más leve esperanda, por ahora, de acuerdo alguno? Pero en los Estados Unidos se sigue concediéndole una importancia de primer orden, la mayor, es más, que se pudiera dar a acontecimiento alguno, con una sola excepción, por supuesto: una confrontación nuclear. Por eso cada vez que asoma la dificultad o cunde el desaliento, se oye la palabra insinuante que aconseja paciencia. Se pide paciencia incluso frente a la actitud ofensiva, insultante, que más de una vez adoptan los portavoces soviéticos.

Sólo sarcasmo y desprecio había en el comentario de *Sovietskaya Bielorussia*, de Minsk, en el comentario dedicado a esa exposición de arquitectura que el Gobierno norteamericano llevó a la Unión Soviética, en el que se decía: “El pueblo soviético no es tan ingenuo que confunda lo blanco con lo negro o que crea las invenciones absurdas.” Desprecio más que indiferencia o incredulidad le merecían, añadía, las explicaciones que sostenían que “los trabajadores en los Estados Unidos viven tan bien como los capitalistas, que ganan grandes sueldos y que sólo pagan unos céntimos por la vivienda, que son propietarios de acciones y que reciben dividendos”. Y añadía este diario de Minsk: “Ese lugar descrito por los guías de la exposición no es un país, es el paraíso.” (Incidentalmente y a la vista de comentarios de esta clase es posible comprender el mucho empeño que tienen los Estados Unidos, ya desde un principio y en evidencia de manera muy llamativa en los días mismos en que John Foster Dulles se encontraba al frente del Departamento de Estado, en el desarrollo del intercambio llamado cultural con la Unión Soviética.)

• Tanta importancia tienen para los Estados Unidos las buenas relaciones

con la Unión Soviética y la continuación, por supuesto, de la Conferencia del Desarme, que se ha hecho todo lo humanamente posible por quitar importancia, en el caso de que no fuese posible pasarlo todo por alto, a acusaciones tan ofensivas como esa que asegura que la política exterior de los Estados Unidos no es obra del presidente Johnson, sino consecuencia de las decisiones adoptadas por los “fascistas” y los “imperialistas”, por “Wall Street”, que es la causa de que haya guerra en el Vietnam y *marines* en la República Dominicana.

De seguir así—sin empeorar de una manera peligrosa—las relaciones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, habrá, sin duda, conferencia de desarme en Ginebra para mucho tiempo, aunque se suspenda durante largas temporadas. En Washington se habla del personaje que tenía un amigo soltero a quien decidieron enviarlo a una conferencia que se iba a celebrar en Ginebra, “para un mes nada más”. Regresó al cabo de los años, casado y con tres hijos. “Mi amigo—cuenta el personaje—vuelve pronto a Ginebra. Espera ser abuelo para cuando se firme el tratado de la no proliferación atómica.”

\* \* \*

Esta crónica, triste y desalentadora, de las negociaciones sobre el desarme, empezó en su forma actual en 1961, cuando se acordó la creación de esa Comisión de Desarme de Dieciocho Naciones—E. N. D. C.—de que ya se ha hablado. Antes, sin embargo, en los comienzos de la postguerra, la cuestión del desarme se había confiado a una comisión de las Naciones Unidas, formada, al menos en teoría, por cada uno de los miembros de esta organización, algo tan complicado que acaso nunca se habrá creído en la posibilidad de sacar nada en limpio con su ayuda e intervención.

Tampoco han dado resultados, por otro lado, las negociaciones de un carácter mucho más restringido, como las que, durante años, se celebraron con la participación de cinco potencias—los Estados Unidos, la Unión Soviética, Francia, la Gran Bretaña y el Canadá—, con la aparente aspiración de acabar en un desarme general y completo, pero sin hacer progreso alguno, en realidad. Se podría sostener que las perspectivas de alcanzar por este lado alguna decisión eran tan poco prometedoras como las que, por iniciativa de los Estados Unidos, se habían iniciado en las Naciones Unidas para llegar a una internacionalización total de las actividades atómicas y la abolición de las armas nucleares. Para esto, iniciado en los días, ya lo hemos visto, en

que los Estados Unidos se encontraban en una posición de monopolio total y absoluto, se tropezó con la resistencia soviética que representa y simboliza una incompatibilidad completa, si no en los objetivos teóricos, sí en los procedimientos.

El antagonismo, la incompatibilidad de entonces está reflejada en esa aparente imposibilidad de llegar a una inteligencia sobre las diversas tentativas de extender a las explosiones atómicas subterráneas la prohibición establecida por el Tratado de Moscú, del 5 de agosto de 1963, uno de los puntos salientes—y enteramente inútiles desde el punto de vista de una efectividad práctica—de la crónica del desarme, que prohíbe las pruebas nucleares en la atmósfera, en la superficie de la tierra y en el mar.

Como condición esencial para un acuerdo de prohibición de las pruebas atómicas subterráneas, los Estados Unidos piden el establecimiento de puestos de observación e inspección. La Unión Soviética se niega con la misma decisión con que antes se negó a aceptar las propuestas de inspección que los Estados Unidos habían hecho cuando intentaron someter todas las actividades nucleares al control de las Naciones Unidas. El argumento de entonces—imposibilidad de aceptar lo que era incompatible con los derechos de soberanía—ha sufrido alguna modificación posterior. Pero en la forma más bien que en el fondo. Los progresos científicos y tecnológicos indican, sostiene la Unión Soviética, que hay algo más que propósitos de verificación en la condición norteamericana, ya que es posible no sólo detectar, sino distinguir las explosiones atómicas subterráneas desde distancias enormes, lo suficiente para que lo que se pudiese hacer en la Unión Soviética no pudiese pasar por alto a la observación norteamericana. En algunas ocasiones se ha podido tener el convencimiento de que los científicos y los técnicos norteamericanos coinciden en ese punto, desde hace tiempo, y es general ya la impresión, como veremos más adelante, de que pudiera ya ser imposible más bien que difícil realizar pruebas de esta clase de alguna importancia sin que de ellas se tuviese conocimiento en otras partes del mundo. Pero los Estados Unidos insisten en que la detección es importante, sin duda, pero la verificación es fundamental.

Por ahí está uno de los grandes atascos en lo que es una desviación, por el lado no sólo más peligroso de la continuada y creciente carrera de los armamentos, sino el que se llegó a creer que ofrecía mayores posibilidades de acuerdo. Los intentos—a los que apenas resulta posible hacer aquí más que alguna alusión, pues de otro modo un examen del estado en que se en-

cuentra la cuestión del desarme se haría casi interminable—por llegar a una limitación por lo menos de los armamentos en general, acabaron pronto en un punto muerto al cabo de propuestas, acusaciones, recriminaciones y debates que no tuvieron bastante con ser infructuosos, ya que toda la culpa de lo que estaba sucediendo era siempre de la parte contraria y contradictoria. El caso de las nuevas armas—las atómicas y los medios adecuados para su transporte, eso que ha dado lugar a que se hable de algo nuevo, de sistemas de armas, como los proyectiles balísticos con su carga nuclear o como los aviones de bombardeo estratégico armados más bien que de bombas nucleares, de proyectiles destinados a ser soltados a una distancia determinada del objetivo, para que sigan viaje desde allí con su propia y devastadora carga, a fin de permitir al avión tripulado que regrese tranquilamente al punto de partida—no sólo empezó por afectar únicamente a unas pocas potencias, sino que parecía ofrecer la imposibilidad práctica, por un lado, de que pudiesen ser desarrolladas y construídas por las potencias no tan grandes y ricas, y, por el otro, de que en la cuestión pudiesen intervenir más que las representaciones muy especializadas de esas mismas grandes potencias. El tema parecía resultar inasequible por cosas como el alto coste de producción y el desarrollo tecnológico indispensable para tener de él una perfecta comprensión.

Había motivos, pues, para circunscribir la cuestión al ámbito reducido de unas pocas potencias, las que contaban ya con armas nucleares y las que podían tenerlas en cualquier momento. Esto que parecía encontrar otro fuerte punto de apoyo, el estado ya prácticamente de saturación a que en materia de producción de armas nucleares se había llegado tanto en los Estados Unidos como en la Unión Soviética, hacía recomendable, sin duda, el mantener la cuestión dentro de los límites más reducidos posibles. Pero esos límites resultaban incómodos cuando no absolutamente inaceptables para la Unión Soviética. Sobre todo a partir del momento en que no había grandes posibilidades de seguir hablando de un desarme general y completo, de la abolición de todas las armas y de todos los ejércitos, en lo que parecían estar todos de acuerdo, en teoría, rusos y norteamericanos. Con la gran diferencia de que los rusos proponían que se empezase por el desarme total y general y después se procediese a examinar la cuestión en sus detalles, para dejarla bien regulada y controlada, mientras que para los Estados Unidos era fundamental avanzar por etapas, cada una de las cuales había de ser objeto de una inspección y una verificación total y minuciosa.

La idea de restringir las negociaciones—o las conversaciones—empezaba a ser incómoda para la Unión Soviética, porque pudiera ofrecer un campo muy limitado para el adecuado desarrollo de las posibilidades propagandísticas del debate; porque siempre se encontraría en la posición minoritaria de uno para todas las cuestiones de cierto carácter resolutivo o decisivo, y porque, como se ha ido observando con el paso del tiempo, cuanto más restringido fuese el debate, mayor sería la impresión general de que, en fin de cuentas, cualquier acuerdo a que se pudiese llegar habría de ser sólo consecuencia de un acuerdo entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. Esto, una realidad desde un punto de vista práctico, empezaba a ser insostenible para la Unión Soviética a causa de la insidiosa y persistente acción de la propaganda china que tendía a presentar a la dirección comunista de la Unión Soviética como muy favorablemente dispuesta a negociar con la potencia que se presentaba con el mayor y más peligroso enemigo de la revolución, los Estados Unidos.

\* \* \*

Todo, en realidad, el adelanto que se ha hecho—que en ocasiones ha podido parecer que se hacía—en materia de desarme o de la manera de negociar sobre ello es consecuencia de acuerdos entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. La creación de esa E. N. D. C. ha sido un acuerdo—un compromiso—entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. Sus líneas generales consistían en la formación de una comisión formada por cinco países occidentales, cinco países comunistas y ocho países “no alineados”. Este acuerdo de 1961 tropezó, sin embargo, con una dificultad: la oposición de Francia, desde el primer momento, que se negó a participar en la conferencia que se esperaba iniciar en seguida. Por lo tanto, la E. N. D. C. quedó reducida a diecisiete miembros en vez de los dieciocho originales: los Estados Unidos, Inglaterra, el Canadá e Italia por el lado occidental; la Unión Soviética, Polonia, Checoslovaquia, Rumania y Bulgaria, por el lado comunista, y Birmania, el Brasil, Etiopía, la India, Méjico, Nigeria, la República Árabe Unida y Suecia, por el lado que se podría considerar como neutralista más bien que “no alineado”.

Las discusiones fueron tan prolijas como, en apariencia, estériles. De ellas ha salido una conclusión bastante general, con tendencia a resumirse, por un lado, en la poca o ninguna posibilidad de llegar a acuerdos concre-

tos; por el otro, en el esfuerzo continuado por "aclarar" las cuestiones y evitar, ante todo, un rompimiento.

Desde el punto de vista de la clarificación, hay tres aspectos dominantes: el *mantenimiento de la paz*, para lo cual el desarme pudiera ser una necesidad, pero siempre que se haga de una manera ordenada y escalonada, contando en todo momento con la garantía de que la paz no ha de quedar a merced de quien, con engaño o falsedad, pudiera acabar encontrándose en una posición de privilegio absoluto; el *desarme equilibrado*, en consecuencia, de muy especial importancia durante el período de aplicación de un posible acuerdo general de desarme, y por supuesto, la *verificación*, es decir, una total libertad de acceso para inspeccionar y comprobar el cumplimiento de lo pactado, única garantía posible contra la conservación de armas capaces de utilización en una agresión por sorpresa.

Con las posibilidades de adelantar por el camino del desarme nada prometedoras, la cuestión fué derivando, por un lado, hacia la posibilidad de un acuerdo restringido, el de no proliferación de las armas atómicas; por el otro, hacia la necesidad de tener en cuenta a China, que no es miembro todavía de las Naciones Unidas, no puede pertenecer a la Comisión del Desarme y en consecuencia tampoco a la E. N. D. C., creada por acuerdo de los Estados Unidos y la Unión Soviética, pero con representaciones de países miembros de esa Comisión de Desarme de las Naciones Unidas. La cuestión de la participación alcanzó una significación especial, sin duda, a partir del momento en que se produjo allí la primer explosión con una bomba atómica. Evidentemente, la mejor manera de resolver este problema estaba, en el caso de no resultar viable todavía la propuesta de la admisión de China en las Naciones Unidas, en la celebración de una conferencia de desarme mundial.

Más atractivo parecía ser, sin embargo, sobre todo a partir de la firma y ratificación del Tratado de Moscú, al que acabaron prestando adhesión la mayor parte de los países del mundo, pero con dos excepciones fundamentales: Francia y China, el propósito de negociar un acuerdo que cortase el paso definitivamente a la tendencia a la proliferación de las armas nucleares. De una forma u otra, esta cuestión llegó a ocupar una posición de total, absoluta prioridad.

La idea, que empezó a tener ciertas características de obsesión a partir de la hora en que se tuvo conocimiento de la primera explosión atómica china, no es nueva. Casi al mismo tiempo que se acordaba la creación de la E. N. D. C., la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobaba, por

unanimidad, en diciembre de 1961, la resolución irlandesa que pedía un acuerdo que prohibiese a las potencias nucleares la transferencia de estas armas—o el control de las mismas—a potencias no nucleares.

La posibilidad de llegar a un acuerdo, que pudo parecer especialmente llamativa inmediatamente después de la firma del Tratado de Moscú, se desvaneció una y otra vez como consecuencia de actitudes que, inesperadamente, devolvían la cuestión al punto en que se hallaban los debates en el momento de empezar. O quizá—para volver más atrás aun—a alguna anterior etapa. Por un lado, estaba la insistencia norteamericana en la inspección y la verificación; por el otro, la facilidad con que surgían complicaciones con las que ya nadie contaba, como cuando la delegación soviética en la conferencia de Ginebra presentó, en los comienzos del pasado verano, dos resoluciones, no una, que el delegado norteamericano, William C. Foster, calificó como “puramente propagandísticas”.

Una de ellas pedía que “todos los Estados que mantuviesen bases militares en otros países las liquidasen inmediatamente y se abstuviesen en adelante de establecer semejantes bases”. A continuación pedía a esos mismos Estados, con bases por el exterior, que deberían ser abandonadas sin demora, que “concluyesen acuerdos para iniciar y concluir la retirada de todas las tropas extranjeras hacia el interior de sus fronteras nacionales”.

La otra propuesta pedía a “todos los Estados que diesen los pasos necesarios para llegar a la conclusión de un convenio sobre la prohibición del uso de las armas nucleares y termonucleares tan pronto como fuese posible, convocando con este propósito a una conferencia especial de todos los Estados del mundo para no más tarde de la primera mitad de 1966”. En esta propuesta se invitaba a los “Estados en posesión de armas nucleares que declarasen, pendiente la conclusión de ese convenio, que no serían los primeros en emplear (esas armas nucleares)”.

\* \* \*

Han sido las propuestas y mociones de esta naturaleza lo que ha movido al delegado norteamericano a decir que “las notas declaratorias de buena intención son peligrosas, porque crean falsas ilusiones”.

Con buenas intenciones o no, la situación se iba complicando, sin embargo. Y más todavía en vista de la tendencia, ya poco menos que irresistible, al aumento de las potencias capaces de insistir en ser admitidas en el “Club atómico”. Como dijo Mr. Foster, “sería un mundo terrible, ciertamente,

el que alojase no a cinco, sino a diez, quince o veinte potencias nucleares en la próxima década, poco más o menos". Sería difícil entonces llegar a una situación en la que las armas nucleares hubiesen de ser aceptadas, según palabras de lord Chalfont, de una manera tan casual, tan de cada día, como se hace ahora con los fusiles y los tanques. Es urgente, insistió, darse cuenta a tiempo de lo que será una situación en la que las armas atómicas vayan pasando a más y más manos, "con todos los peligros de una guerra nuclear por equivocación, malos cálculos, accidente o locura que esto pudiera tener".

Para lord Chalfont no hay duda que apremia la necesidad de un acuerdo eficaz antes de que se dé la circunstancia de que el camino del desarme y la paz quede bloqueado de una manera total e irremediable. "Deberíamos estar dispuestos—dijo—a concluir un acuerdo de no diseminación sin más consideraciones y basado en sus propios méritos".

Lord Chalfont habló también, aunque de manera más imprecisa, de un "sistema de verificación", lo que, con la ayuda de otras observaciones, movió a los rusos a la adopción de una actitud de total escepticismo. Acusaron al ministro de Desarme inglés de haber "apoyado incondicionalmente la posición de los Estados Unidos, que hasta ahora ha impedido el progreso en las conversaciones".

Pero, ¿por qué resultaba tan difícil un acuerdo entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, especialmente cuando se pensaba en cosas como esa declaración hecha por el presidente Johnson (el 3 de junio de este año) en la que decía:

"Los intereses comunes de las gentes de Rusia y las gentes de los Estados Unidos son muchos, y quisiera decir esto al pueblo de la Unión Soviética: No hay en parte alguna un interés norteamericano en conflicto con el pueblo soviético... Nosotros en los Estados Unidos estamos listos (ahora), como siempre, a marchar con vosotros (los rusos) hacia los campos de la paz, para abrir nuevos surcos, sembrar nuevas semillas, atender a su crecimiento, de tal modo que toda la humanidad pueda algún día compartir conjuntamente una nueva y abundante cosecha de felicidad y esperanza en esta tierra".

Un momento culminante, el momento culminante, más bien, en la nueva fase de las negociaciones de desarme, llegó con la presentación del borrador de tratado presentado ante la conferencia de Ginebra por el delegado norteamericano, el 17 de agosto de este año. Todo el esfuerzo, todo el empeño, se había concentrado y resumido en conseguir un acuerdo de no proliferación de las armas atómicas.

Lo que desde el primer momento abrió horizontes a la sospecha de que todo podría ser inútil, una vez más, era menos la mucha o poca eficacia del esfuerzo realizado que el propósito evidente de “ser todas las cosas para todos los hombres”, como llegó a decir un comentario editorial de *The Times* de Londres, donde, conviene advertirlo, no existía el más pequeño intento deliberado de interpretar o presentar las iniciativas norteamericanas en otra forma que la más favorable posible.

Empezaba el borrador por arrancar de cada potencia nuclear signataria el compromiso de “no transferir arma nuclear alguna al control nacional de cualquier Estado no nuclear, bien directa o indirectamente, a través de una alianza militar”, una decisión que se acentuaba y ampliaba al añadir un nuevo e importante compromiso, por el que cada una de esas potencias nucleares se comprometía, además, a “no emprender acción alguna que fuese causa de un aumento en el número total de Estados y otras organizaciones en posesión de un poder independiente para hacer uso de armas nucleares”.

Hay algo en el borrador—o no lo hay, por mejor decir—que no cierra a cal y canto todo camino o posibilidad de proliferación. O que, más bien, deja abierto el paso a la posibilidad, por remota que parezca para algunos, por tremendamente decisiva o amenazadora que parezca para otros, de que se produzcan adiciones precisamente por el lado que para alguna de las partes, la Unión Soviética para empezar, resulta inaceptable. Mr. Foster llegó a considerar la cuestión de la no proliferación atómica de tanta y tan fundamental importancia que sería preciso marchar adelante con la decisión de llegar a un acuerdo aun en el caso de que fuese inevitable cierta “erosión” en las mismas alianzas que fueron consideradas como un aspecto vital de la política norteamericana de la postguerra. No había la menor necesidad de entrar en detalles. Era bien sabido que se aludía al propósito de creación de la llamada fuerza multilateral nuclear—M. L. F.—de la O. T. A. N., la mejor manera que se había encontrado para resolver la cuestión de la incorporación a la Alemania Occidental a un estado de cosas que se traducía en hechos como la existencia de cargas nucleares dentro de sus propias fronteras nacionales, sin que pudiese tener con ellas la menor relación directa, o el verse convertida su aportación militar humana a la O. T. A. N. en la más importante, con mucho, de Europa mientras sobre ella pesaban limitaciones y restricciones que cada día se hacían un poco menos insoportables. Era una manera de recordar siempre y en forma capaz de producir una gran desazón lo que Willy Brandt, el jefe del Partido Social Demócrata, resumió

durante la reciente campaña electoral de su país al decir que la República Federal de Alemania había llegado a ser casi un gigante económico, a tiempo que no dejaba de ser un enano político.

Bastaba recordar la tremenda decisión con que la Alemania Occidental aceptó la idea norteamericana de la O. T. A. N. y mucho más aun después de ser tan resuelta la oposición del general Charles De Gaulle, lo que contribuyó poderosamente al enfriamiento de unas relaciones que parecían predestinadas a convertir la colaboración francogermana en la piedra angular de la nueva Europa que se veía—se creía ver—surgir de manera vigorosa de fenómenos tan llamativos como la Comunidad Económica Europea. Y bastaba recordar también la actitud recelosa con que, a la llegada del laborismo al Poder en la Gran Bretaña, surgió la idea de una fuerza nuclear atlántica—A. N. F.—, cuya característica dominante—y un poco disfrazada—era el continuar impidiendo que la Alemania Occidental pudiese aproximar el dedo, sola o en colaboración con alguien, que no tuviese una capacidad atómica previamente establecida, al botón destinado a poner en marcha una carga nuclear. La reserva para sí del poder y privilegio del veto de las potencias netamente nucleares—en este caso los Estados Unidos y la Gran Bretaña, Francia también si al fin aceptase la propuesta colaboración y participación—podía dar satisfacción a la vez, según se sospechaba, a las muchas y nada tranquilizadoras reservas soviéticas—comunistas en general—y a cierta actitud recelosa que todavía persistía por zonas y sectores del propio Occidente.

Esto se pudo ver y comprender con mucha mayor claridad con lo que siguió inmediatamente a la presentación del borrador norteamericano. El jefe de la delegación norteamericana en la conferencia de Ginebra, Mr. Foster, explicó que “sólo queda abierta una contingencia teórica que pudiera ser remotamente posible de cambiar hacia alguna forma de voto de mayoría en semejante fuerza (nuclear de la O. T. A. N.)... Eso se podría dar únicamente si uno de los participantes nucleares hubiese de entregar a esa fuerza todas sus armas y abandonar también su poder de veto sobre ellas. Eso sería de conformidad con el borrador del tratado...”.

Aun antes de haber obtenido una respuesta de su colega norteamericano en cuanto a si aquel proyecto “excluía toda posibilidad de creación de una fuerza multilateral de la O. T. A. N. o de toda fuerza similar con la participación del personal de la Alemania Occidental, ya el delegado soviético, Semyon Tsarapkin, advertía, en una conferencia de Prensa: “En todo caso,

es imposible discutir la no diseminación si se ha de insistir en querer crear fuerzas colectivas cuyo resultado sería una diseminación indirecta”.

El portón, que no era un simple portillo, se había abierto y apenas se podía pensar en nada más elocuente, a manera de comprobación, que la decisión del delegado inglés de no secundar, como al parecer se pensaba que haría, el proyecto norteamericano. En cambio, lord Chalfont explicó que si bien los dos proyectos, el norteamericano y el inglés, se parecían mucho en la forma y el contenido general, la diferencia principal estaba en los artículos sobre la no diseminación de las armas nucleares.

“El lenguaje empleado—explicó el delegado inglés—aunque ha sido escogido en general con precisión, no excluye la posibilidad del establecimiento de una asociación de Estados con capacidad para hacer uso de las armas nucleares por decisión de una mayoría de sus miembros o, en otras palabras, sin el veto de una potencia nuclear existente. Es cierto que tal asociación no podría, según este borrador, tener realidad a menos que una de las potencias nucleares existentes hubiese al mismo tiempo o previamente abandonado su control independiente de las armas nucleares, por lo que, en cualquier caso, el número total de entidades nucleares no se vería aumentado.

“A pesar de todo—añadió—nosotros preferiríamos ver que el texto de tratado está conforme con nuestra política actual, como ha sido explicado por mi primer ministro en la Cámara de los Comunes, en diciembre, y a nosotros, francamente, nos gustaría ver enmendados estos artículos a fin de dejar completamente en claro nuestra oposición a la creación de cualquier asociación capaz de usar las armas nucleares sin el consentimiento de una potencia nuclear ahora existente. Dicho de otro modo, nos gustaría ver la diseminación interpretada en la forma más estricta posible.”

Ante lo que pudiera parecer, vistas las cosas de una manera un poco superficial y apresurada, una diferencia en realidad muy pequeña, sobre todo por antojarse improbable o difícil de llevar a la práctica semejante abandono voluntario del “control independiente de las armas nucleares”, se preguntó al propio delegado norteamericano, Mr. Foster, qué reparos podían oponer los Estados Unidos a una especificación tan exacta como la pedida por el Gobierno inglés. Contestó:

“Existe la posibilidad de que, a lo largo del tiempo, pudiesen surgir nuevas alineaciones políticas en partes del mundo en las que algunas de las actuales potencias nucleares pudiesen fundirse en sus acontecimientos nucleares. Si esas condiciones llegasen a surgir y si, ciertamente, llegasen a con-

vertirse en una federación, es posible que, con esta clase de completa autoridad política y quizá unidad en algún gran sector del mundo, y con la aprobación de todos los participantes y de las personas que entonces la completarían—y esto tendría que ser unánime, lo que es, en efecto, un veto—se pudiese contar con tal autoridad política central que pudiese ejercer poderes políticos para hacer la guerra. En tal caso—y sólo en tal caso—sería posible llegar a unos arreglos diferentes sobre el uso de las armas nucleares.”

\* \* \*

No es fácil, se ha visto muchas veces, contentar a todos, pero es fácil no contentar a uno solo cuando lo que se busca es tenerlos a todos contentos y satisfechos. Con todo, el descontento o la disconformidad comunista podía darse por descontado. Una vez y otra se ha hablado de una actitud preconcebida de oposición, y a lo largo de esta última fase, hasta ahora, de las negociaciones del desarme, incluso se ha hablado de “mala fe”. El problema del desarme no se ha presentado, no ha sido posible presentarlo, desligado del ambiente en que es vive y se negocia. Y este ambiente va siendo, en particular desde el gran empeoramiento de la situación por el Sudeste asiático, menos favorable para la comprensión entre delegados que representan posiciones notoriamente antagónicas. No hacía falta este nuevo paso, que ha sido interpretado como lo que en realidad parece ser: un esfuerzo por no dejar descontenta a la Alemania Occidental, para darse cuenta de que vuelve la tirantez al ámbito de las relaciones entre las dos superpotencias nucleares.

A los dos días nada más de la presentación del borrador norteamericano en Ginebra, la agencia “Tass” se encontraba distribuyendo un artículo de *Kommunist*, el órgano doctrinal del Partido Comunista de la Unión Soviética, en el que se atacaba dura y abiertamente al presidente Johnson por haber “intensificado la tendencia hacia la concentración de poderes en una sola persona” y por desarrollar “una nueva doctrina sobre política extranjera peligrosa para la paz”. Esto, se llegaba a decir, al resumir lo que ha sido designado como el “globalismo johnsoniano”, pretende convertir todo “el territorio del mundo capitalista en una zona de interés norteamericano”. Una zona en la que el derecho de intervención de los Estados Unidos es absoluto.

“El globalismo—añadía este artículo—se expresa también en los esfuerzos hechos por imponer la ley norteamericana por todas partes, sin conside-

ración de latitudes o de continentes. Los Estados Unidos se han convertido en el gendarme no sólo del hemisferio americano, sino del mundo capitalista en su totalidad... Los estrategas norteamericanos engañan al pueblo de los Estados Unidos. Se esfuerzan en crear la impresión de que lo pueden hacer todo, que pueden alcanzar objetivos globales ilimitados con la ayuda de medios limitados..."

Más grave que todo esto es, sin embargo, el ambiente de gran descontento que está en evidencia por el propio campo occidental. No sólo en la Alemania Occidental, que cada día parece mostrarse más recelosa y desconfiada, sino en un país como la propia Inglaterra, que de manera tan incondicional y decidida se habían mantenido dentro de la esfera de la influencia norteamericana. La decisión de lord Chalfont de no secundar el borrador norteamericano produjo una gran impresión. Mayor quizá ha sido la impresión que produjo el observar que ni siquiera en un detalle que se llegó a considerar como mínimo fué posible arrancar una concesión norteamericana. Esto, que para *The Daily Telegraph* ha sido "el fracaso de la diplomacia británica", no ha tenido la compensación—lo que aparentemente buscaban los Estados Unidos—de sosegar los ánimos por la Alemania Occidental.

Acaso haya sido mala fortuna el que la presentación de ese borrador fuese a coincidir con la campaña de propaganda electoral. No porque se corriese el peligro de que la oposición social demócrata fuese a echarse encima de la democracia cristiana, entonces en el Poder, por haberse dejado "engañar" de aquella manera, cuando en realidad lo que se pretendía era tranquilizar a la Unión Soviética, como se insinuaba una vez y otra, sobre el propósito firme de no tolerar la proliferación nuclear y, por lo tanto, no permitir que la Alemania Occidental pudiese alcanzar el control, o la posibilidad de compartirlo, sobre las armas nucleares. Sino porque la democracia cristiana llevaba dentro de sí al peor enemigo de un tipo de política exterior que con la salida del doctor Adenauer del Gobierno se había acusado de una manera muy importante y para él muy equivocada.

No fué Willy Brandt quien encontró un gran argumento electoral en el proyecto norteamericano que había contado ya con la aprobación, por lo menos tácita, del Gobierno del profesor Erhard, sino el anciano ex canciller, quien habló, en un discurso que produjo una enorme sensación, para condenar el borrador norteamericano como "una amenaza para Europa y una tragedia para los alemanes".

Según "Der Alte", el anciano, "Europa peligra por nada más que una

propuesta norteamericana que aspira a establecer un club de profesores de armas nucleares dispuesto a gobernar al mundo". Y no contento con eso, el hombre que había mantenido unas relaciones íntimas más bien que cordiales con los Estados Unidos en los días de Eisenhower en la Casa Blanca y de John Foster Dulles en el Departamento de Estado, llegó a declarar y a advertir:

"Si llegase a existir un club de potencias atómicas, esto habrá de decir que unos pocos países dominarán el mundo. Esto, bajo otra forma, sería la misma cosa que el Plan Morgenthau que, después de la guerra, quería prohibir a Alemania la reconstrucción de su industria y transformarla en un pueblo de pobres y pordioseros."

No contento con eso, el ex canciller Adenauer hizo la afirmación de que las consecuencias de la política norteamericana serían el dejar a la Europa occidental a merced de Rusia. Y el ex ministro de Defensa y jefe de la Unión Cristiana Social de Baviera—de hecho el Partido Cristiano Demócrata en ese Estado importante—llegó un poco más allá todavía. Después de aludir a un futuro en el que, de seguir las cosas en la forma en que estaban siendo esbozadas y preparadas, con miras a mantener a la Alemania Occidental en una posición de total y permanente inferioridad, que le hacía encontrar en esta cuestión de las armas nucleares algo capaz de volver la atención al "Diktat de Versalles", Franz-Josef Strauss dijo que sería posible, tal vez inevitable, el resurgimiento del Hitler que intentase, y acaso consiguiese, el asalto del Poder precisamente con la promesa de dar a la nación alemana eso que ahora se le pretendía quitar de una manera radical y definitiva.

Vino esto a complicar mucho la situación, sin duda. Y más aun en vista de la reiterada, machacona insistencia de la propaganda comunista, empeñada en la tarea de presentar a la República Federal de Alemania como una potencia que no sólo está en condiciones de fabricar la bomba atómica, sino que está absolutamente decidida a entrar en posesión de las armas nucleares y sin que pase mucho tiempo. Un físico nuclear cuyo nombre se hizo famoso en los días de los sensacionales procesos contra los espías atómicos norteamericanos, y de otros países, al servicio de la Unión Soviética, el doctor Klaus Fuchs, afirma que la Alemania Occidental cuenta en la actualidad con una capacidad en potencia para la fabricación de setenta bombas atómicas al año.

\* \* \*

Pero si esto es llamativo, espectacular, ¿qué se podría decir de la actitud china, ya convertida en una potencia atómica y con la cual no es posible, aparentemente, contar para ninguna tarea de colaboración en materia de desarme nuclear? Con sus armas nucleares y todo lo demás, los Estados Unidos no podrán evitar, llegó a proclamar el mariscal Lin Piao, la derrota, “paso a paso, pedazo a pedazo”, en el curso de unas guerras de liberación en las cuales no podrán recurrir a las armas nucleares por temor a la censura internacional.

Pekín se ríe de los Estados Unidos y se ríe también de la Unión Soviética. Ante una actitud así, ¿es posible explicar y más aun comprender ese gran empeño que han puesto los Estados Unidos en reanudar las conversaciones del desarme en Ginebra para concluir, al menos por ahora, en una suspensión que se parece mucho a un fracaso? Y más todavía cuando para producir la sensación, por artificial y transitoria que sea, de que se hace algo o es posible hacerlo, se corre el grave riesgo de crear nuevas resistencias y corrientes de oposición que añadir a las ya claramente delineadas.

Con todo, el presidente Johnson ha dicho que el desarme atómico o, con mayor exactitud, el contener la expansión en potencia del llamado “Club atómico”, es “la más grave de todas las cuestiones humanas por resolver”. Eso justificaría, sin duda, en las palabras de Mr. Foster, el mismo que un día se mostró un tanto asombrado al ver que el asesinado presidente Kennedy se había fijado en él para dirigir una oficina de desarme o control de los armamentos, cuando hasta entonces todas sus relaciones con la cuestión habían estado por el lado de la producción de armas, no de su control o limitación, que “se aceptasen unos costos más bien grandes” para poder llevar adelante el esfuerzo encaminado a evitar una nueva y mayor proliferación de las armas atómicas. (Acaso valga la pena insistir un poco más en lo que pudiera parecer una coincidencia extraña al advertir que también lord Chalfont ha sido una personalidad que ha llegado a especializarse en el desarme después de una larga y más bien brillante carrera como un crítico militar altamente especializado en los problemas de la estrategia y con un gran conocimiento de las armas y sus cualidades. Parece que el conocimiento de los armamentos y todo lo que con ellos guarda alguna relación es una condición importante, acaso indispensable, para atacar con acierto—y con conocimiento—los problemas del desarme.)

En cualquier caso, hay un hecho incontrovertible: esa última serie de sesiones, celebradas en Ginebra, nunca hubieran sido posible de no haber

tenido los Estados Unidos tanto empeño en reanudar lo que se había interrumpido, como se volvió a hacer al cabo de un par de meses, con el pretexto de estar próximos a inaugurarse los trabajos de la Asamblea General de las Naciones Unidas, a la cual se habrían de rendir cuentas, a la manera de un informe que resumiese la obra realizada y los ningunos resultados alcanzados todavía. Una y otra vez, el Gobierno Soviético se había resistido a volver a Ginebra mientras no se produjese un cambio radical en la situación internacional. Pero los Estados Unidos no sintieron el desaliento y cuanto más insistente era la negativa, mayor era el empeño que culminó en aquellas famosas “vacaciones” en Moscú de Averell Harriman, consejero de presidentes y miembro principal de ese reducido grupo de personalidades, docenas mucho mejor que centenares, que forman lo que a menudo pasa por el “Establishment”, lo más fuerte y más importante de la vida política, financiera y social de una nación.

Consiguió Mr. Harriman lo que hubiera parecido imposible antes de su visita a Moscú; lo que todavía parecía imposible cuando ya se encontraba allí, esperando a que diesen resultados unos esfuerzos tenaces que pretendían franquearle la entrada al despacho del señor Kosygin.

Y todo aquello, ¿para que? Para que ni siquiera acabase la fase de las negociaciones que al fin se inició con lo que hubiera permitido llegar a la Asamblea General de las Naciones Unidas con cara de triunfo, con un acuerdo extendiendo el Tratado de Moscú hasta incluir las explosiones bajo tierra de las bombas atómicas capaces de producir una reacción sísmica por encima de la magnitud 4,75. Una explosión de esta naturaleza habría de tener la equivalencia de cinco a 50 kilotonnes, es decir, entre 5.000 y 50.000 toneladas de T. N. T. La diferencia se debe a las condiciones del suelo. Si la explosión se produce contra roca sólida, entonces bastaría con los cinco kilotonnes para alcanzar esa magnitud sísmica. Pero si, por el otro extremo, se produce en un suelo aluvial altamente poroso, entonces haría falta una carga nuclear de una potencia diez veces mayor para producir esos mismos efectos sísmicos.

Esto parece estar ya muy estudiado y parece también que se ha llegado a conclusiones bastante definitivas. Pero se insiste en que siempre, incluso cuando se trata de explosiones de esta potencia—y en el caso de que los experimentos no se hagan en cámaras especialmente acondicionadas, una cámara vacía, por ejemplo, de cierto diseño—, se correría el riesgo de no tener una seguridad absoluta. Todo podía apuntar a una explosión atómica, ¿pero y sí, en realidad, se trataba de un fenómeno sísmico natural? Queda-

rían siempre algunas dificultades, se dice, para llegar a decisiones absolutas en todos los casos. De ahí la necesidad de la verificación, de fijar como condición previa de un acuerdo el establecimiento no sólo de puestos de observación, sino las garantías necesarias para realizar un mínimo de visitas de inspección.

\* \* \*

No ha sido posible un acuerdo de esta naturaleza ni se ha llegado a otra cosa que hacer comentarios amables sobre la sugerencia italiana de proponer a todas las potencias no nucleares que contrajesen voluntariamente el compromiso de no adquirir armas nucleares durante un número determinado de años. La reacción fué, en general, favorable. Pero no se pasó de ahí. Se llegó, por tanto, al fin—al aplazamiento por tiempo indefinido—de la conferencia de Ginebra, el 16 de septiembre, en un ambiente de tensión y recriminaciones, por un lado; de mucha aparente cordialidad, por el otro. Los miembros de la delegación soviética hablaron en la última sesión—y más todavía por los pasillos—de ocho semanas infructuosas, perdidas por completo, a causa de la actitud del Occidente, que “no quiere el desarme”. Los miembros de importantes delegaciones occidentales contestaron acusando a los delegados soviéticos y comunistas en general de no tener interés en otra cosa que las “polémicas envenenadas”. Como no fuese el “jugar caprichosamente” con los problemas del desarme.

El propio Tsarapkin, que apareció ante los fotógrafos, en el momento de la despedida, charlando sonriente y amistosamente y estrechando las manos de sus colegas norteamericano, Foster, e inglés, lord Chalfont, no vaciló en atacar una vez más a los Estados Unidos. En enero de 1964—antes de que empezase el envío de grandes contingentes militares norteamericanos al Vietnam—había existido, dijo, una situación favorable. Pero desde entonces, añadió, las fuerzas partidarias de la agresión imperialista se habían reagrupado y reorganizado para llevar la confusión y el desconcierto a todo ambiente inclinado hacia el lado del desarme. Para que no se pudiese dudar sobre la intención de sus acusaciones, atacó a los Estados Unidos directamente por sus “intervenciones” en el Congo, en el Vietnam y en la República Dominicana.

\* \* \*

No se podía decir, evidentemente, que las perspectivas fuesen nada buenas en aquellos momentos. ¿Serían mejores unos cuantos años después, cuan-

do ya la Unión Soviética tuviese en el espacio el "satélite permanente" de que han hablado sus cosmonautas en una visita reciente a la capital de Grecia, para cambiar saludos amables e insignias con sus colegas los astronautas norteamericanos que poco antes habían batido todos los records de duración y resistencia en materia de viajes espaciales, hasta ahora por lo menos, y los Estados Unidos hubiesen colocado en órbita el proyectado "laboratorio orbital tripulado", allá por el año de 1968, un fantástico "laboratorio" espacial del que ya se habla como un instrumento capaz de mantener una vigilancia total y permanente de la superficie de la Tierra en su totalidad, no sólo de la Unión Soviética?

Se dice, y no hay motivos serios para ponerlo en duda, que los Estados Unidos disponen ya, gracias a los satélites artificiales, de una información poco menos que completa y detallada de todo lo relacionado con la capacidad soviética para emprender una acción nuclear contra un enemigo o más. Es una información que se viene recogiendo desde hace años, cada vez con mayor precisión y riqueza de detalles. El semanario *Newsweek* dice que son muchos los especializados en estas cuestiones que están convencidos que la observación hecha con satélites artificiales había dado al asesinado presidente Kennedy confianza para aquella confrontación memorable con la Unión Soviética sobre Cuba. Al parecer, una de las cosas que se pudieron saber gracias a esos satélites es que el número de proyectiles balísticos de que disponía la U. R. S. S. en aquellos momentos era muy inferior a lo que se había dicho una y otra vez. Y que, al mismo tiempo, se habían recogido datos que hacían pensar también en una mayor vulnerabilidad soviética a los ataques de que pudiera ser objeto.

En cualquier caso, se hace un resumen que parece, por lo menos, extraordinariamente llamativo. "Desde el 11 de agosto de 1960, cuando la Fuerza Aérea (norteamericana) recuperó con éxito una cápsula cargada de película despedida desde una órbita, los Estados Unidos se han entregado activamente a la observación militar del bloque comunista. Es una operación de dos etapas: Los satélites portadores de cámaras fotográficas son lanzados desde California por medio de cohetes "Thor-Agena", para realizar una ancha labor de observación fotográfica. Después, el paquete con la película es recogido y analizado por intérpretes fotográficos especializados. De observar algo que les llame la atención, un satélite mayor es enviado al espacio, para hacer una observación más minuciosa, con cámaras de mucha mayor capacidad resolutive. Estos satélites, a los que anteriormente se llamaba "Samos",

pero de los que ahora ni siquiera se quiere hacer mención alguna, y mucho menos darles una designación pública, son lanzados por cohetes "Atlas-Agena" y se mantienen en órbita durante un día o dos, antes de lanzar a la Tierra su preciosa película, para ser recuperada."

Desde 1960 han sido lanzados sobre la U. R. S. S., afirma *Newsweek*, no menos de 58 "Thor-Agena" con cargas que han sido recuperadas, y otros 26 "Atlas-Agena", como mínimo, con los mismos resultados enteramente satisfactorios. Claro que es una operación en la que los Estados Unidos no se encuentran solos. "También la Unión Soviética ha lanzado 34 satélites "Cosmos" con un ángulo que haría posible cubrir la totalidad de los Estados Unidos; se cree que la mayoría de éstos han sido satélites de observación fotográfica."

\* \* \*

Una de las cosas que parece haber demostrado la nave "Géminis V", sin dejar sitio para al duda, además, es la capacidad de los astronautas para ver no sólo los satélites que puedan estar moviéndose por el espacio, sino para ver los proyectiles que puedan estar siendo trasladados de sitio en la superficie de la Tierra, para ser colocados en una plataforma de lanzamiento.

Esto, que se sabe en los Estados Unidos y en la Unión Soviética, ¿será la razón de esa impresión de respeto—a veces parece ser de desprecio—con que a menudo ya se tratan mutuamente esas inmensas, impresionantes, superpotencias? Pero, ¿qué tiene esto que ver con el desarme?

Acaso sea algo absolutamente fundamental. No sólo por lo que se llegue a saber con la ayuda de los satélites artificiales—y el conocimiento es esencial para todo y muy en particular para no dar un paso en falso en algo de tan alta importancia como el desarme—, sino por la naturaleza misma de unas actividades que en cierto modo pudieran apuntar a la posibilidad de que haya o pueda haber desviaciones del espíritu, cuando no de la letra también, del compromiso contraído por los Estados Unidos ante las Naciones Unidas de no usar el espacio exterior más que para fines pacíficos. Claro que esa observación fotográfica puede estar animada por una finalidad total, absolutamente pacífica, al menos en la intención. ¿Se podría, sin embargo, seguir sosteniendo otro tanto cuando sea una realidad ese laboratorio espacial tripulado que se piensa poner en órbita hacia el año de 1968? Se trata, para empezar, de un proyecto total, exclusivamente militar.

El presidente Johnson ha insistido, una vez más, en el tema. "Tenemos

el propósito—afirmó, en el momento precisamente de anunciar que se emprendía oficialmente la tarea de la colocación en órbita de ese laboratorio espacial (en realidad un puesto de observación) militar—de respetar nuestro acuerdo de no colocar en órbita armas de destrucción en masa.” Pero, ¿coincide esto en todo con la promesa de la utilización del espacio exterior para fines pacíficos exclusivamente? ¿O es que lo ya hecho o que pueda estar haciendo la Unión Soviética no deja sitio para otra cosa?

Parece que, evidentemente, el momento es malo para el desarrollo de una política de desarme eficaz. Por mucha o poca que sea la importancia que, en el fondo, tenga o se dé a la cuestión. Y parece también que el futuro inmediato está llamado a conducir a conclusiones un poco más desalentadoras todavía.

JAIME MENENDEZ.

